Álvaro Colomer
Ilustraciones de **Eva Poyato**

TUCÁN

EL ABUELO ELO Y LA NUBE LUCINDA

Con actividades para poner en marcha tu imaginación

EL ABUELO ELO
Y LA NUBE LUCINDA

© Texto: Álvaro Colomer, 2025
Representado por Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© Ilustraciones: Eva Poyato, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, septiembre 2025

ISBN: 978-84-683-7436-9
Depósito legal: B. 8114-2025
Impreso en España / Printed in Spain

PEFC
PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Álvaro Colomer
Ilustraciones de **Eva Poyato**

EL ABUELO ELO Y LA NUBE LUCINDA

edebé

Hay personas tan afortunadas que salen a dar un paseo y regresan después a casa con un nuevo amigo. Eso le pasó al abuelo Elo: que no se lo esperaba y le cayó un regalo del cielo.

Pero dejadme que os cuente la historia desde el principio... Os aseguro que no os arrepentiréis. Porque hay tantas verdades en este cuento como gotas de agua en un chaparrón repentino.

Uno

Era una mañana estupenda. Tan estupenda que los niños jugaban en la calle sin que circularan los coches; tan estupenda que los perros movían la cola y sacaban la lengua; tan estupenda que los padres no se enfadaban si sus hijos dejaban su habitación un poco desordenada y los deberes para otro momento. Fijaos, pues, en lo estupenda que era aquella mañana.

Y como cada día a la misma hora, el abuelo Elo salió a dar un paseo. Se ajustó la mochila y empuñó el bastón, abrió la puerta de casa y saludó a sus vecinos, recorrió la avenida principal y superó la linde

del municipio. Entonces tomó el sendero de la izquierda y se adentró en el monte.

Llevaba unos prismáticos para estudiar los pájaros y una navaja para cortar queso. También llevaba una cantimplora, crema solar y un frasco con mercromina. Y llevaba además el teléfono móvil por si sufría un percance y necesitaba que fueran a rescatarlo.

Sí, el abuelo Elo había preparado aquella excursión a conciencia, pero no había previsto lo que estaba a punto de sucederle. Y es que, tras superar un repecho y sentarse a recuperar el aliento, vislumbró en la distancia lo que parecía una oveja enredada en una zarza.

Se incorporó y caminó hacia el arbusto. Desconfiaba de lo que veían sus ojos y, cuanto más se acercaba, más dudas le asaltaban: ¿era aquello realmente una

oveja o algo que simplemente se le parecía? Tenía el cuerpo lanoso y así como desgreñado, y un tono arrebolado en el contorno pero grisáceo en el centro. Y, aunque todo invitaba a pensar que se trataba de un borreguito, había un detalle que lo desmentía: no tenía ni cabeza ni patas.

En un principio, el abuelo Elo supuso que el animal se había hecho un ovillo, quedando sus extremidades ocultas bajo la panza, pero cambió de opinión cuando se puso a su lado y lo tanteó con la punta de su bastón. Cuando la caña se hundió en el cuerpo y lo atravesó sin por ello causarle ningún desgarro, el anciano supo que no se trataba de una oveja, sino de una de esas nubes que surcan el cielo.

—Pero..., pero..., pero..., ¿se puede saber qué hace usted aquí abajo, señora nube?

Aunque la masa esponjosa no respondió, emitió un sonido similar al silbato de una tetera:

—Fiiiiiiiii...

—¡Vaya! —exclamó el abuelo Elo—. No sabía que las nubes tenían su propio idioma.

—Fiiiiii...

—Como tampoco sabía que se quedaban atascadas en los matorrales del monte...

—Fiii...

El hombre se quitó la gorra, se rascó la calva y arqueó una ceja:

—A ver cómo arreglo yo esto.

Entonces se arrodilló y estudió la zarza a conciencia, prestando especial atención a esas espinas que rasgan la piel y hacen daño. Después sacó la navaja de la funda y, con tanto cuidado como destreza, rascó la superficie de las ramas para descabezar hasta el último pincho.

—Estate quieeeta —le decía a la nube mientras desespinaba la planta.

—Fiiiiii...

—Sé que duele, pero tienes que aguantar. Enseguida acabo.

—Fiii...

El abuelo Elo tardó más de una hora en liberar a la presa y, cuando lo consiguió, la acunó entre sus brazos, le acarició el lomo y trató de calmarla. La nube dejó de temblar al momento y se sumió en un profundo sueño. Y su rescatador se sentó en el suelo, la apoyó en su regazo y esperó a que despertara.

Los ronquidos que aquel ser emitía ahora no se parecían a los chillidos que antes lanzaba. Ya no hacía «fiiiiiiiii...», sino «fuuuuuuuuu...», como un balón de fútbol recién pinchado.

—Fuuu... Fuuuuuu.... Fuuuuuuuuu...

Eso fue lo primero que el abuelo Elo aprendió sobre el lenguaje de las nubes. Pero no sería lo último. Ni mucho menos.